

fuera realizarlo, era forzoso acometerlo. El cuartel general de Oriente encomendó la empresa á un cuerpo de tropas especialmente organizado y en él tocó á Baranda el distinguido cargo de Mayor General. Y los imperialistas de Veracruz, impotentes para resistir al embate de los sitiadores, rindieron las armas.

Tal fué, Señores, el broche de oro con que D. Pedro Baranda cerró sus servicios á la causa de nuestra independencia. Tantos merecimientos clamaban por recompensa, y no las escaseó la República á su digno hijo. Fuéle encomendado el gobierno de tres cantones veracruzanos, y en esa jefatura recibió la efectividad de General de Brigada del Ejército nacional.

Batallar con acierto suele ser menos árduo que gobernar con tino, y el General Baranda demostró en la administración de los tres cantones que tan apto era para dirigir una campaña, como para regir los destinos de una sociedad; y no fué honor pequeño el que la más distinguida de Orizaba, tan adicta al imperio, confundiera sus votos con los de la numerosa porción republicana para tributar de consuno homenajes de aplauso y de gratitud al entendido gobernante.

Reivindicada la Patria, era ley de conciencia devolverle sus instituciones públicas por el restablecimiento de los poderes en que la carta de 57 resumió la soberanía nacional.

El Padre de nuestra segunda independencia, que amaba esas instituciones con la sinceridad de un idealista, apenas reinstalado en la capital de la República convocó al pueblo á la elección de sus mandatarios. El Congreso que iba á reunirse iba á tener la importancia de un Reconstituyente,

y la salud pública reclamaba fuera integrado de ciudadanos en quienes al patriotismo acendrado se aunaran las convicciones liberales, la sana cultura y los talentos. Y el 4º Congreso brilló y brillará en nuestra historia como alborada gloriosa, que en él tomó asiento cuanto México poseía de viril, de levantado, de útil y fecundo. En aquel areópago político halló su puesto el General Baranda, y en él hizo su aparición aquel tierno hermano encomendado á sus desvelos, para ser ornamento de nuestra tribuna parlamentaria, modelo de gobernantes luego, y por último, aventajado estadista.

Los poderes nacionales continuaron honrando los merecimientos del eminente hijo de Campeche. Probadas sus altas dotes administrativas, al consagrarse á la memoria del Padre de la Patria, Morelos, la porción del territorio nacional que había ilustrado con sus mayores hazañas, elevándola á la categoría de Estado de la Unión, fué al General Baranda á quien se adjudicó el honor de ir á constituirlo. El fundador del Estado de Morelos no desmintió la acertada elección del insigne Juárez y del 4º Congreso, y al transmitir el poder omnímodo que había ejercido á su constitucional sucesor, tuvo la satisfacción inmensa de que la 1ª Legislatura del naciente Estado declarara "que el nombre del C. General Pedro Baranda, quedaba gloriosamente asociado al del invicto héroe de Cuautla."

Tantos homenajes eran para embriagar á un espíritu menos levantado que el de aquel hombre que ejecutaba las cosas más altas con la mayor llaneza.

Son de ayer, Señores, los acontecimientos en

que el General Baranda siguió figurando. La generación presente ha sido testigo de los hechos por él consumados de veinte años atrás, y fuera de más recordarlos. Lejos de que el tiempo y el uso lo empequeñecieran, su talla continuó creciendo. Sincero admirador del Presidente Juárez, fuéle adicto con el ardoroso entusiasmo en que él como pocos se inflamaba. Para él Juárez era un símbolo; mas un símbolo racional que se imponía á las conciencias, y acatábalo, por eso, y secundaba sus actos políticos, no fanático, pero lleno de convicción.

En aquellos parlamentos en que, como en nuestros estíos tropicales, cada día se desataba una tempestad; en que el Gobierno vivía de la cotidiana lucha y del triunfo alcanzado en cada debate; en aquellos parlamentos en que las pasiones políticas rugían como el antro del volcán amenazante; en que á la votación ganada por el Gobierno, respondía allá afuera el grito de sublevación y el estruendo del cañón revolucionario, Baranda sonriente, arrellanado en su curul, rodeado de amigos y hasta de admiradores, aniquilaba con alguna frase humorística, del aticismo más puro, el efecto del discurso más virulento. Y votaba con el gobierno, es decir, por Juárez; y él, que no era orador, arrastraba con su voto el de no pocos indecisos, como acertadamente ha dicho uno de sus panegiristas.

Juárez murió; mas su autoridad quedó viviente y con ella el respeto á la magestad de la Ley Suprema del país. Sus partidarios tenían derecho á dolerse de tamaña desgracia, no á desconocer el culto que Juárez mismo les había enseñado. Fue-

ra de la Constitución, no había partidarios de Juárez posibles.

La institución del Senado llamó á sus escaños al ameritado Baranda, y en él, consecuente, hasta el rigorismo de la lógica más ruda, con las opiniones que siempre había sustentado, con sus tradiciones de constitucionalista, con su adhesión al credo de la Reforma, y con la convicción de que fuera del orden, el partido liberal sólo hallaría su desprestigio, ayudó al gobierno en la medida de lo justo. Empero, aquel gobierno no tenía condiciones de vida. El hombre extraordinario que lo presidía, llevaba la cabeza demasiado elevada para poder sentir lo que abajo se movía. A semejanza de la estatua colosal que soñara el Gran Rey, aquel gobierno, si de bronce la cabeza, tenía de barro los piés.

Estalló la rebelión. El adalid llamado á organizarla y regirla contaba con numerosísimos y resueltos partidarios en todos los Estados de la República y de ahí que al mes de iniciada, hubiera cundido por toda la extensión del país. El pueblo tabasqueño que amaba á aquel adalid con cariño rayano en culto, se alzó en masa para proclamarlo, encabezado por sus más valerosos guerreros. Necesario era combatir el levantamiento en todas partes, pero esa necesidad se hacía ingentísima en las costas del Golfo, en contacto activo y directo con las naciones extranjeras. Tabasco entero habíase acojido al estandarte de la revolución, y para ser recobrado demandaba una expedición formal. Por esa vez, y acaso sólo por esa, el gobierno tuvo la sana inspiración de no fiar exclusivamente al poder de las armas el éxito de sus miras, y la expedición sobre Tabasco fué encomenda-

da á la pericia y tacto del General Baranda, quien, en esta tierra que le conocía y estimaba, tuvo únicamente que pugnar con la resistencia armada de la revolución, no contra enemigas prevenciones.

Los insurrectos tabasqueños combatieron con bizarría; empero, tras rudos encuentros, tuvieron que abandonar el campo á las armas del gobierno. Dueño de la situación el General Baranda, proveyó como él sabía á la reorganización de los servicios administrativos; impartió garantías á todos los intereses sociales, y sin dar tiempo á los rebeldes de concertarse de nuevo, cuidó de hacer sensible en la extensión del Estado la asistencia del poder público. Desbaratados los planes de los insurrectos, ya no inquietaron al vencedor ni intentaron siquiera recobrar el terreno perdido.

Fuera de la sangre vertida en los combates, no hubo madre tabasqueña á quien enlutara la dominación del General Baranda; más todavía, no hubo una sola boca que pudiera formular queja justificada contra el ilustre patricio. Y aquella templanza en el gobernar y aquella moderación en el vencer y aquel tino en no lastimar ni aun las susceptibilidades de bandería, captáronle el respeto de todos, ganándose amistades sincerísimas hasta en las filas de sus contrarios mismos.

No fué, por eso, extraño que cuando la revolución victoriosa imperaba en los Estados más populosos, Tabasco y Campeche continuaran todavía regidos por el gobierno derrocado, semejando esto á la insigne hazaña de aquel aun más insigne Mariscal de Francia que acorralado por los ejércitos de la coalición, siguió sosteniendo en alto la bandera de los tres colores cuando su empera-

dor llevaba tiempo de confinado en Elba, y de ondear sobre las Tullerías el pabellón de los Borbones.

Hay para el soldado, Señores, una virtud cardinal: la fidelidad, y en pocos corazones como en el del General Baranda halló más hondas raíces esa virtud.

Saber quedar caído es probar que se alientan convicciones, y él supo mantenerse eliminado de la escena política luego que por la incontrastable fuerza de los acontecimientos desapareció lo que como soldado había defendido; y no volvió á las agitaciones de la vida pública, sino cuando ya no fué permitido dudar que la nación había impreso el sello de su voluntad soberana en el nuevo orden establecido.

Limpia la honra y libre de reproche, fué lógico que su reingreso á la política militante le proporcionara las más señaladas muestras de distinción y confianza, llegando á ser una de las personalidades de más alta consideración en los asuntos de gobierno.

Señal de distinción y de confianza singular fué haberle encomendado el Presidente de la Unión la jefatura de la estensa 11ª Zona militar, compuesta de los tres Estados marítimos que forman este extremo oriental de la República.

Excepcional es, en verdad, la situación de esta Zona. Casi segregada del resto de la Nación, reclama de los poderes federales una asistencia especial, y nadie más apto para impartirla que el generoso soldado en quien concurrían equiparadas las dotes políticas y militares más relevantes.

Así lo demostró, para bien de los tabasqueños,

á los comienzos de su jefatura. Desatadas las pasiones políticas en esta nuestra carísima tierra; desconcertada la administración pública; amenazada nuestra sociedad de espantoso desquiciamiento, tocó al Jefe de la 11.ª Zona venir á poner orden y paz entre nosotros; á restaurar el prestigio de la autoridad, más que desconocido, burlado; á reconstituir lo que la anarquía había disuelto, y por obra tan compleja como trascendental, debémosle gratitud inacabable los hijos de este suelo. No que él procediera por igual amor á todos los tabasqueños; hombre era y pasiones humanas le movían. Aparte de que en Tabasco amaba lo que en él había encontrado de patriotismo en días de cruenta prueba, que no fué poco; aparte de que amaba nuestra ruda franqueza y la sinceridad de nuestros extravíos mismos, sentíase atraído hácia aquellas de nuestras agrupaciones políticas en quien consideraba vinculadas las más genuinas aspiraciones del partido liberal. Y justamente su gran mérito, su mérito indiscutible de hombre de Estado, estriba en que sus personales simpatías no fueron parte, y si lo fueron, en grado poco perceptible, á dar solución á las gravísimas dificultades políticas con que aquí se luchaba. No fué, pues, no pudo ser apasionada aclamación de una bandera la que en la Legislatura de 1884 resonó, por la voz del Diputado Ghigliazza, pidiendo para el eminente General Baranda la declaración de Ciudadano distinguido del Estado; no fué, no pudo ser aplauso de parciales, la ley que tal iniciativa sancionara; como no fué, ni pudo ser homenaje de adulación el que la Legislatura de Campeche adjudicara el glorioso título de Benemérito, al ciudadano que con su bravura y su pericia diera auto-

nomía al pueblo campechano. Si así no fuera, la virtud sería facciosa.

No hubo campo, Señores, en que la sabiduría del Gobierno federal no utilizara las aptitudes de nuestro encomiado repúblico. Más de una delicadísima misión fué confiada á su prudencia. Dos años hace hoy apenas que efectuó aquel viaje de exploración á las costas orientales de Yucatán, á bordo de la cañonera "Independencia," que lo puso en la necesidad de visitar la colonia de Belice. El 18 de Julio de 1889, día del mayor de nuestros duelos, penetró en las aguas de aquel puerto, no con la bandera al tope, no haciendo ejecutar á nuestros cañones el saludo de cortesía internacional, sino aquella caída á media asta y mudos los costados del "Independencia." Así cumplía á los fueros de la integridad de la Patria.



Os he cansado, Señores, y yo mismo no puedo más; pero cuando hay una sola oportunidad de decirlo todo, todo debe decirse esa vez, siquiera á riesgo de hacerse imposible.

¿Por qué, preguntareis, el que nació Pedro Sainz de Baranda, no fué andando los tiempos sino Pedro Baranda, á secas? Glorioso era su patronímico, y ¿quién renuncia á un nombre glorioso? ¿Justificaríalo la profesión de credo distinto? No, que el vencedor de Ulúa fué liberal y republicano como los mayores de su época. Y aun cuando no lo hubiera sido, había nobleza de sobra en el alma del hijo, para que hubiera podido tener en menos el nombre de sus mayores por discordancias políticas ó religiosas. Era que el nombre

Sainz de Baranda sonaba al vulgo con dejo aristocrático, y quien por entero se había dado á la causa de la democracia, mal podía consentir en que de ella lo apartara el uso de unas cuantas letras más en su apellido. El sabía de donde venía, y sabía á donde iba: venía de la gloria, que es su padre, é iba por el camino del honor, á la inmortalidad donde su padre vive.

Fiel trasunto de las virtudes de su abuelo, ni le engrió la prosperidad, ni los reveses le amilanaron. Como las almas superiores, sentíase por encima de los caprichos de la suerte, y á todos los vientos sonreía, ya que trajeran en sus alas el rayo que extermina, ora las embriagueses de la felicidad. La Fortuna no alcanzó el triunfo de burlarlo: que si plácido y contento lo contempló gobernando pueblos, no lo encontró ceñudo cuando, retraído en un rincón de México, rodeado de unos cuantos amigos de desgracia, parecía como si no hubiera sido parte en los trascendentales acontecimientos recién consumados. Avezado á todas las vicisitudes de la vida, era el mismo en su puesto de combate, frente al cañón enemigo, que absorto en sus éxtasis poéticos, contemplando el tumulto de las aborregadas olas de Lerma, desbaratándose en la playa en vellones de espuma.

Fué casi un estóico: faltóle para serlo verdadero poner semblante adusto á los goces del vivir y buscar las torturas para hacer gala de superarlas. Su estoicismo consistió en la imperturbable conformidad con que acogía los sucesos de la vida, vinieran como vinieran.

¿Tuvo enemigos? No es la hora de inquirirlo. Sería sí fenómeno por todo extremo sorprendente que se hubiera contado exento de malquerencias

quien vivió todo linaje de actividades cívicas, en el acento más enérgico de que son susceptibles; quien militó bajo las banderas de parcialidades políticas en conflicto; quien hizo pública profesión de convicciones y sentimientos; quien cohibió ambiciones y aplastó alevosías. Milagro fuera que un hombre así no se suscitara rencores. En cambio, ¿quién, en presencia de los homenajes que muerto se le tributan aquí y en Yucatán y en Campeche y en la República entera, osaría poner en duda que dejó por todas partes amistades y adhesiones?

Precisamente lo que más caracterizó su temperamento fué la manifestación casi explosiva de sus afecciones ó antipatías. Para el que se ganaba aquellas, su cariño llegaba hasta el enternecimiento, que se dilataba por su semblante y se vertía en el efluvio acariciador de su mirada; mas ¡ay! del que provocara sus iras: era el relámpago en sus pupilas, la cólera en los contraídos músculos del rostro, el oprobioso denuesto en su trémula boca. Por eso fué querido y temido; que como la abeja, atesoraba miel sabrosa para sus amigos; en tanto que reservaba á sus adversarios el emponzoñado aguijón.

No, no fué, Señores, de los que á las energías del odio responden con la altiveza del desdén. En ese punto, practicaba la máxima del ojo por ojo y diente por diente. Mas nunca hirió al enemigo rendido; rendírsele era desarmarlo por completo, era convertirlo de súbito en el amigo más apasionado. Las almas generosas no se mueven de otro modo.

Delicado hasta la nimiedad, correcto hasta el atildamiento, celó su personalidad de todo conato de agresión que pudiera desestimarla, y el punto

de honor fué para él ley de imperdonable observancia, á la que pagó acatamiento más veces, acaso, de las que la justa necesidad reclamaba.

Las agitaciones en que discurrió su juventud no le dieron tiempo de atender á los reclamos de su corazón sensible y amante de lo bello; mas tuvo la fortuna de no verse privado de saborear los intensos egoismos de la paternidad, en sus formas más acentuadas: saboreólas en el amor que profesó al hermano encomendado á su guarda y en el amor á los hijos de ese hermano, que crecieron al vivífico calor de sus caricias.



Señores: Todo perece; las ruinas mismas no están exentas de tan desconsolador destino, *Etiam periere ruinae*, dijo el poeta; la obra del hombre como la de Dios. Pereció el Parthenón, maravilla del creador genio griego, y esos soles, hoy rutilantes y deslumbradores, eterna juventud de los cielos, rodarán á su tiempo, cual inmensos carbones apagados, por los abismos del tenebroso espacio.

Todo perece: nuestra personalidad misma, conciencia del ser, vive muriendo: "el tiempo, dice Pascal, amortigua nuestras aflicciones y quejillas, porque cambiamos y llegamos á ser como otra persona." ¿Será, pues, la nada nuestro postrer destino?.....

No, Señores, mil veces no; que lo contradictorio fuera entonces posible; que el ser y el no ser podrían verse confundidos en un punto dado y en una pura negación. No, Señores; eso sería la ve-

rificación del absurdo. Perezcan las formas, desvanézcanse las apariencias; pero el hombre, esto del hombre por lo que vive en el pasado y se asocia al porvenir; esa facultad inmanente por la cual se siente vivir aun fuera de sí mismo, en todos los espacios, y en todos los tiempos, eso, alma ó célula, no importa el nombre, eso no perece, eso no muere. Y si el hombre tuviera por suerte definitiva el aniquilamiento, ¿qué sería entonces Dios?.....

Vano fantasma flotante entre dos abismos: el olvido y lo ignorado.

No; la idea del perecimiento completo no cabe en nuestra concepción, y ni siquiera nos conformamos con el parcial, la muerte en la memoria. Contra ella nos revelamos, y por cuantos medios puso la naturaleza á nuestro alcance, por cuantas manifestaciones ó maneras de ser tiene la vida, ansiamos sobrevivirnos, ansiamos que sobreviva cuanto amamos y cuanto consideramos digno de no dejar de vivir. Y esa aspiración intensa, honda, permanente y fecunda del espíritu humano, ha creado el libro que resucita, el monumento que perpetúa, la estatua que inmortaliza, la apoteosis que deifica.

Libro, monumento, estatua y apoteosis halle en la gratitud de sus compatriotas el General Pedro Baranda, para que el culto de su memoria sea perenne inspiración de honor y patriotismo.

Pálido, incorrecto, desprovisto de interés, lo comprendo, Señores, es el relato de los merecimientos que del preclaro varón á quien estos honores póstumos consagramos, acaba de haceros mi lengua torpe y balbuciente; otros, por fortuna, han sabido colmar nuestros votos. Mas yo os digo que

hay un elogio con mucho superior al que el mayor de los oradores pudiera pronunciar; elogio que está al alcance de todos, que cada ciudadano puede realizar en la medida de sus fuerzas, ¿en qué manera? Imitando las virtudes cívicas del ilustre difunto.



OOX.